

EL MISTERIO DE LA CIUDAD DE MALVILLE

Narra la historia de un adolescente de trece años cuyo nombre es Alejandro, un adolescente de edad media, esbelto, agradable al que le gustan los juegos de letras.

Un nebuloso día de vacaciones, decidí quedar con unos amigos de A Coruña. Quería aprovechar esta ocasión para pasar un rato con ellos. Habíamos decidido ir a la playa y estábamos convencidos de que pasaríamos las mejores vacaciones de nuestra vida. Habíamos acabado el primer curso de la E.S.O., con ganas de descansar y de aprovechar éste día.

Nos reencontramos en una esquina de una cafetería cercana al mar. Una vez en la playa, solíamos bucear en las partes más profundas y misteriosas con la ilusión de hallar algo novedoso y con valor, pero hoy no era muy aconsejable hacerlo, pues había bandera roja y se acercaba una tormenta. Intentamos llamar a nuestros padres, pero perdimos la cobertura por el fenómeno meteorológico que se originaba, que hacía que la arena se moviera rápidamente.

-¡Qué extraño! –dije yo sorprendido-.

-¿Qué hacemos? –preguntó Adrián, un adolescente de estatura media, cabello oscuro y de carácter afable-.

-Yo que sé... Yo vivo muy lejos de aquí y vosotros también... -Intentó argumentar Rafa, un adolescente muy pesado, borde y no muy amistoso de entrada-.

-¡Vamos a la casa del descampado! –exclamé yo-.

-¿Estás tonto? Dice la gente que hay espíritus... -Dijo Rafa- intentando convencernos de no ir.

-Se aproxima una tormenta, ¿preferís que durmamos en la calle, sin comida y sin un techo donde alojarnos? –Insistió Adrián-.

-Está bien, pero yo ya he avisado de las consecuencias... -Contestó Rafa-.

-¡Vale! Entonces rumbo a la casa del descampado –animé yo-.

Salimos caminando muy animados hacia aquel lugar misterioso. Cuando llegamos encontramos que antes de entrar en la casa, un cartel advertía:

PROHIBIDO EL PASO

Al verla nos dieron ganas de saltar de terror y espanto, creo que fue más el susto al ver esa “casa” que el cartel.

También la casa era muy antigua, parecía estar en ruinas, la madera estaba agrietada y con telarañas en más de un rincón. De hecho, nos llegamos a encontrar algunas partículas de ceniza en algunas esquinas, claro, contando también los cadáveres que parecían haber permanecido ahí siglos y siglos...

Nos adelantamos a decidir los dormitorios: yo fui el primero, Rafa, sin pensárselo – de la forma más borde- eligió el segundo y Adrián el tercero.

Yo, como siempre, me había traído un bocata de jamón, queso y algunas hierbas aromáticas y, por supuesto, también la mejor bebida del mundo: agua (cien por cien saludable). En cambio, mis amigos –Adrián y Rafa- se trajeron coca-cola y patatas fritas (no muy sano). El sueño nos pudo y nos quedamos dormidos plácidamente.

Al amanecer, probamos si había cobertura, y, efectivamente, no había, de hecho se mojaron nuestros móviles a causa de las primeras gotas de agua.

-¿Qué hora es? Interrogó Adrián.

-Las nueve y media –contesté yo-

-Buff, ¡¡que temprano!! –Protestó Rafa-

-¿Chicos y si investigamos éste fúnebre lugar? –aporté-.

¿Más? ¡Yo no quiero seguir aquí, me quiero marchar lo antes posible! –dijo el protestón-.

-No podemos salir, parece que la puerta se ha quedado atascada –dije yo bastante preocupado-

-Tenemos que encontrar algún objeto para abrir la puerta.

Miramos a nuestro alrededor para ver si veíamos algo que nos pudiera ayudar a salir de ese lugar tan opresivo.

-Si os dais cuenta la madera que estaba en el suelo ha sido arrastrada por esa “tormenta”, para ser más concreto: ¡TORNADO!, hacia las puertas y ventanas que

comunican con el exterior –dije yo-.

¡Mama! ¡Papa! -empezó a gemir Rafa- ¿me estás diciendo que no hay salida? ¿que no volveremos a ver el mundo de Malville? continuó, pero esta vez con un matiz de furia.

Cada uno de nosotros nos quedamos con el rostro petrificado, sólo de pensar que no podríamos salir de allí. Intentamos no hacer memoria de lo anterior y seguimos con la investigación.

Nos pusimos a rebuscar por los cajones, dormitorios, definitivamente por todos los lados, hasta por las viejas y horrorosas alfombras.

¡Mirad, una llave! –Gritó Adrián- ¡Una llave! –Dijo como si no hubiera un mañana-.

-No puede ser esa, parece estar clavada en el suelo –dijo Rafa-.

Nos acercamos hacia la llave y vimos que estaba metida en la cerradura de una puerta que extrañamente estaba en el suelo. Tiramos de la llave y la puerta se levantó y vimos unas escaleras que bajaban y se perdían en la oscuridad.

-Yo no pienso bajar esa escalera –dijo Adrián-

-Ni yo –dijo Rafa-

Me quedé pensando que argumentar para convencerles, porque a mí tampoco me agradaba la idea de bajar esa escalera.

-Chicos, tenemos que bajar –dije yo- intentado que mi voz transmitiera la mayor seguridad.

-Yo no pienso hacerlo, a saber lo que habrá ahí abajo –protestó Rafa-

-Creo que debemos bajar, a lo mejor hay alguna salida, tenemos que salir como sea, no tenemos comida ni agua –dije yo-

Se miraron, dudaron y por fin dijeron: ¡Vale! Lo intentaremos.

Probamos si funcionaba la luz de los móviles, uno se encendió. Empezamos a bajar la escalera.

Observamos y contemplamos una inmensa estantería de libros antiguos: La Biblia, El Quijote, La Metamorfosis...

¡La Metamorfosis! –Exclamó Rafa- siempre quise leer ese para completar mi colección de libros de ese autor.

Entonces extendió su mano para alcanzar el libro, de repente se abrió un hueco en la pared por el que fuimos transportados por una especie de túnel del tiempo que nos condujo a un mundo irreal e ilógico para nosotros.

Salimos a la calle. El viento, en aquel instante, emitía un ruido estremecedor.

-¿Dónde estamos? –dije yo asustado-.

-¡Esto no es Malville! ¿Es otra ciudad? –Preguntó Rafa-.

-¿Cuánto hemos dormido? –Dijo confuso Adrián-.

Corrimos a la cabina telefónica más cercana a telefonar a casa, pero no había señal alguna. Comprobamos si era o no la ciudad en la que estábamos antes. Sí, era esa, pero todo era distinto, nada semejante, nada ni igual ni parecido al día anterior. Caminé y caminé y llegué a una calle con numerosas farolas, que antes eran árboles y ahora estaba todo muy modernizado e industrializado.

Cogimos el primer taxi que nos encontramos y que nos dirigió de inmediato a mi casa. Una vez allí, el viento trajo silenciosamente una nota, escrita en papel couché, que ponía:

TÚ ERES EL ELEGIDO

Todo era distinto, pues aquel viento me llevaba “galopando” lejos...

FIN